

una amplia gama de nociones, funciones y articulaciones en el mundo de la diplomacia ejercida por las mujeres. Esta noción de “embajadoras culturales” contiene toda una serie de categorías que son desplegadas analíticamente en los textos que componen este libro: “las damas diplomáticas”, “las escritoras diplomáticas”, “la educadora diplomática”.

Lo que sí se restituye analíticamente en este libro y sus tres ensayos son una serie de eventos ubicados entre la vida cotidiana y la de la diplomacia: conciertos, conversaciones, banquetes, efemérides, la importancia de la vestimenta y de la residencia de las diplomáticas son circunstancias que atravesaban los circuitos diplomáticos y dieron oportunidad a las “embajadoras diplomáticas” para mostrar sus facetas de escritoras, de mujeres cultas con conocimientos especializados como el de hablar diferentes idiomas y tener la capacidad de convencimiento para lanzar proyectos culturales y aún políticos de diferente índole. La capacidad literaria de muchas de las mujeres estudiadas en este libro les sirvió para introducirse en los circuitos diplomáticos y en las *salonnières* de la diplomacia. Es más, algunas de ellas lograron que su literatura les permitiera entrar en la república transnacional de las letras. La actividad literaria de estas mujeres y, en ocasiones, su voluntarismo como educadoras son aspectos que permiten ampliar el análisis de estos agentes diplomáticos y constituyen un eje transversal en este libro.

No cabe duda que el análisis de la trayectoria de estas “mujeres diplomáticas” o “embajadoras diplomáticas” latinoamericanas constituye un aporte a la nueva historia diplomática que, en la historiografía latinoamericana, apenas inicia. En este sentido, este libro abre muchas preguntas de investigación, metodologías, fuentes de archivo y diversas conexiones interdisciplinarias que deben seguir explorándose por parte de la comunidad de historiadores y de otras ciencias sociales.

Aimer Granados

*Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa,
Ciudad de México*

PETER WALDMANN. *Oligarquía en América Latina. Redes familiares dominantes en el siglo XIX e inicios del XX.* Iberoamericana Vervuert, 2023.

La traducción al español del libro de Peter Waldmann constituye un aporte interesante al estudio sobre la formación y el desempeño de las elites latinoamericanas. Se trata de un ensayo realizado mediante aproximaciones historiográficas y sociológicas, enfoques comparativos en base a la literatura especializada disponible, hipótesis y reflexiones propias con un doble objetivo:

ofrecer una propuesta de clasificación social y escrutar valores y normas subyacentes que inhibieron procesos de desarrollo económico y social a comienzos del siglo XX. Dicho propósito se inscribe en el persistente debate sobre las razones del “misterio académico” que se interroga una y otra vez sobre los ciclos de crecimiento económico, las crisis recurrentes que afectan a la región y los niveles de desigualdad social y pobreza acuciantes que padecen sus sociedades, conduciendo al postulado de que se trata de “países emergentes a perpetuidad”. Para ello, este libro deposita atención en un actor en particular: las familias y las redes de parentesco de las “capas altas” iberoamericanas en el largo plazo, un vector potente de la historiografía social, económica y política que ganó gravitación a raíz de la crisis de modelos macroexplicativos y condujo a prestar atención a los estudios de relaciones, actores, prácticas y representaciones sociales.

Esa frondosa literatura opera en el libro como zócalo de un recorrido por países o ciudades que es crítico y comparativo y al mismo tiempo plurisecular y que permite identificar pautas de comportamiento social, establecer contrapuntos entre los casos escogidos, interceptar retratos o historias indicativas y proponer, siguiendo las recomendaciones de la historiadora colonialista Susan Socolow, la vía cualitativa como llave de acceso adecuada para “elaborar patrones típicos de comportamiento y reacción de las familias y redes dominantes” con el fin de conocer “los valores y las normas subyacentes” del cambio operado entre fines del siglo XIX y comienzos del XX.

En esa mirada sobresalen enfoques fundamentales: en particular, el clásico modelo patrimonialista weberiano que permite establecer el pasaje del predominio de la comunidad doméstica, la descentralización, solidaridades, obligaciones y derechos informales, al proceso de centralización y de reducción a la unidad del estado en el que el patrimonialismo resultó ineficaz como doctrina estatal, aunque vertebró las relaciones de las oligarquías locales con el poder central o nacional. Unido a ello, Waldmann postula que el cambio de siglo habría bloqueado el carácter transformador o reformista de las capas altas latinoamericanas, instituyendo una suerte de “modelo” exitoso orientado a consumos suntuarios que influyó en otros grupos o clases sociales, en particular, en las conductas e imaginarios de grandes contingentes de inmigrantes arribados a los países latinoamericanos entre fines del siglo XIX y la Primera Guerra Mundial.

El autor organiza su argumento en seis capítulos de diferente espesor analítico e interpretativo. El primero ofrece una visión panorámica del proceso de formación y transformación de las elites coloniales entre el siglo XVI y el siglo XVIII. Es decir, expone el punto de arranque de la configuración de los patrimonios familiares regidos por la autoridad patriarcal, matrimonios estratégicos, el régimen de transmisión de bienes y el papel de dos resortes cruciales

del funcionamiento de las familias y las redes de parentesco: el clivaje territorial del latifundio (estancias o haciendas), el control de mano de obra libre o esclava, y el éxito comercial dependiente del honor estamental y el control de crédito, la argamasa de vínculos informales que canalizan la confianza en economías escasas de metálico, como señaló Moutoukias. El segundo capítulo analiza el papel de las familias tardo coloniales en la transición de las independencias y el ciclo de violencia disparado con la implosión imperial, tomando en cuenta la interpretación halperiniana sobre la formación de nuevos liderazgos políticos derivados de la ruralización del poder y su incidencia en la conformación del orden posrevolucionario. Un escenario que, a su juicio, instaló una dualidad institucional: la exigida por la adopción del sistema normativo republicano y la derivada del control ejercido por los clanes familiares en el territorio junto al vuelco de las elites criollas hacia la producción local a raíz de la hegemonía británica en el comercio internacional. Ese contexto permite a Waldmann proponer cuatro posturas colectivas básicas: el carácter “tribal” del proceso orientado a mantener cohesión interna en detrimento del individualismo; la violencia armada ejercida por caudillos o líderes locales ante la incapacidad estatal de monopolizar la fuerza; la coexistencia de sistemas normativos formales e informales y la negociación como piedra de toque del nuevo orden social y político ante los límites de la coerción y la movilización de grupos sociales inferiores o subalternos. El capítulo tres penetra en la caracterización de las familias durante las décadas de “debilidad estatal”. Para ello el autor recoge la fecunda categoría de “familia-empresa” formulada por Kicsa para México de la que extrae el carácter multifuncional y flexible que canalizó la integración de inmigrantes recién llegados en su funcionamiento o dinámica interna, y la diversificación de inversiones (comerciales, productivas y financieras) que operaron a favor de la recuperación económica y demográfica de la región en el marco de su inserción en el sistema económico mundial. La complejidad observada según los casos confrontados no sólo le permite identificar un patrón común de negocios sino también cuestionar el método intergeneracional y prosopográfico de Diana Balmori y distinguir, a través de la comparación de cinco familias, rasgos y comportamientos comunes entre los que sobresalen: la personalidad de los pioneros; la inversión en educación superior para sus vástagos; el papel de las alianzas matrimoniales y el régimen sucesorio; el capital social o relacional como epicentro de reciprocidades, solidaridades y cohesiones internas; y la concepción profesional propia de los hombres de negocios en base a la riqueza material y reputación social obtenida y la desvalorización de la actividad política, aunque con lazos con las elites y burocracias estatales. Dicho esquema habría gravitado en la formación de las oligarquías provinciales, retratada por Waldmann mediante estudios de casos de Argentina, Brasil y México, en un

tratamiento que ofrece lecturas simplificadas de la escasa diferenciación entre poder económico y poder político, con lo cual se asemeja a interpretaciones de los años sesenta y setenta sobre la naturaleza de las elites latinoamericanas, sin reparar lo suficiente en la renovada historiografía política, social y económica que refutó algunas de sus convenciones.

Ese dato o evidencia sirve al autor para detectar “los efectos nocivos de los regímenes oligárquicos de los Estados latinoamericanos, medido según criterios europeos” (p. 216). Dicho juicio se hace evidente en las “deformaciones estructurales” observadas entre 1880 y 1920/25 cuando las “oligarquías” latinoamericanas hicieron del aparato estatal un instrumento capital de enriquecimiento en los centros y periferias a raíz del crecimiento económico derivado de la “conexión simbiótica” entre Europa y América Latina. En ese contexto, el ejercicio del poder oligárquico pone de relieve una “clase gobernante” integrada más por civiles que por militares, provista de normas legales y constituciones, forjadora de alianzas políticas inestables dentro del marco de una escasa diferenciación entre la esfera pública y la privada e incapaz de gestionar los conflictos sociales surgidos de la misma modernización que había estimulado. En conjunto, tales situaciones reforzaron el patrimonialismo estatal haciendo de sus aparatos un factor determinante en la obtención de beneficios particulares aceptados por las posiciones públicas o administrativas adquiridas, saberes jurídicos disponibles y la vigencia de un “doble código moral”: el del orden legal y republicano que les permite disciplinar la sociedad y el que las colocó en el seno de “sociedades distinguidas” frente al conjunto social que anticipó su declive frente a la irrupción de nuevas familias dominantes y clases medias extendidas.

El capítulo cinco retrata los estilos de vida social, los consumos, los espacios de contacto y la irradiación de preferencias y prácticas socio-culturales de las familias de capas altas, y del afrancesamiento que operó como factor de cohesión interno y efecto social externo. Se trata, a juicio del experto en temas y problemas argentinos y latinoamericanos, de “entidades estructurales ambivalentes” en tanto ponen de relieve estilos de vida comunes que refuerzan la cohesión interna y, al mismo tiempo, están atravesadas por rivalidades de diferente tenor que marcaron la tónica de su fracaso en décadas posteriores. Ese problema organiza el último capítulo del libro donde Waldmann plantea la persistencia de las redes dominantes, confiesa la dificultad de su verificación empírica, repasa el surgimiento de nuevas dinastías familiares procedentes de provincias y localiza la continuidad relevante del papel del estado en el crecimiento patrimonial, pero sin mencionar el rol de la corrupción. En ese balance de larga duración, Waldmann recupera el peso relativo del “sistema ambivalente” en el que prevalecen las reglas republicanas y la división de poderes con los “efectos nocivos” del patrimonialismo y corporativismo acuñados por los regímenes

oligárquicos latinoamericanos de los que extrae conclusiones acuciantes que incitan a refutarlas por la selección de criterios utilizados para abonar el punto de partida de sus indagaciones, o encarar nuevos cotejos o argumentos sobre el papel histórico (y contemporáneo) de las dirigencias latinoamericanas en los procesos de desarrollo y democratización.

Beatriz Bragoni

CONICET y Universidad Nacional de Cuyo

ETHEL BARJA. *Poesía e insurrección: la revolución cubana en el imaginario latinoamericano*. Iberoamericana Vervuert, 2023.

La palabra “revolución” ha sido durante el siglo XX y lo que va del XXI un imán que ha atraído con fuerza a la imaginación literaria latinoamericana. Entre los muchos ejemplos que podemos espigar, menciono aquí la primera nota a pie de página del ensayo “El problema del indio”, de José Carlos Mariátegui, texto que inaugura su ya clásico libro *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928). La nota, en extremo larga, reproduce una parte significativa del prólogo que Mariátegui escribiera al libro *Tempestad en los Andes*, de Luis A. Valcárcel. Influidor por el pensador anarquista francés Georges Sorel, el padre del socialismo peruano señala ahí que el “resurgimiento” indígena en su país no depende de un ilusorio proceso de “occidentalización material de la tierra quechua” porque la civilización y el “alfabeto del blanco” no “levanta[n] el alma del indio”; lo que lo levanta es “el mito, (...) la idea de la revolución socialista”. La revolución —idea, concepto, mito— representa, pues, las más altas aspiraciones de un cambio que navega simultáneamente entre la utopía y la intervención sobre la realidad. No importa la época ni el grupo social que se quiere reivindicar, o la idea que se quiere imponer; lo que importa es la revolución misma, que simultáneamente acelera el tiempo y lo detiene.

Esa fascinación ha estado presente de diversas maneras en buena parte de la poesía escrita en Hispanoamérica durante el siglo XX, especialmente después de la revolución cubana. En este libro, la académica y poeta peruana Ethel Barja estudia la manera en que el movimiento rebelde consagrado en enero de 1959 todavía ejerce influjo en la poesía del continente. Pero más que la revolución misma como hecho histórico y como fenómeno político que despertó el entusiasmo juvenil de las generaciones nacidas durante la Segunda Guerra Mundial o un poco después, y que, como ella misma dice, cayó en “contradicciones, excesos y polémicas” (p. 11), Barja se concentra en algo más sutil e interesante: la insurrección (como reza el título), es decir, el espíritu de rebeldía que quiere instaurar lo que la autora llama “tiempo de promesa”, verdadero concepto